

www.elboomeran.com

Lalla Romano
LA PENUMBRA
QUE HEMOS ATRAVESADO

TRADUCCIÓN DE NATALIA ZARCO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *La penombra che abbiamo attraversato*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Lalla Romano Estate. Publicado en Italia
por Giulio Einaudi Editore, Turín.
Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© de la traducción, Natalia Zarco, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-86-1
DEPÓSITO LEGAL: CC-176-2019
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

... un aire tormentoso, el aire natal.

UMBERTO SABA

www.elboomeran.com

PRIMERA PARTE

I

La habitación, pequeña como una celda, estaba pintada de un fiero amarillo; la cama, enorme, de hierro, con unas rayas que trataban de imitar la madera. En el aire, bochornoso, flotaba un desagradable olor a humo. Revoloteaban dos moscas, como las que tiemblan en unos ojos enfermos.

Me había tumbado y trataba de no pensar. El somier, a cada mínimo movimiento, gemía con un sonido de órgano.

De pequeña oí muchas veces criticar los hoteles. Decían que había pulgas. A mí, aquello me parecía una especie de privilegio que tenían los hoteles. En las casas saltaba la alarma si se encontraba una pulga, que apenas vista desaparecía como un duende, y había que buscarla con empeño y aplastarla entre las uñas. Algo horrible que yo observaba con repugnancia.

Los niños pobres, las compañeras de escuela, tenían infinidad de ronchas rojas en el cuello, eran picaduras de pulga. Porque dormían sin sábanas.

También Murò tenía pulgas a veces; pero las pulgas de los perros no atacaban a las personas.

Una vez, papá encontró chinches en un hotel. (Los chinches, más temibles aún que las pulgas, eran una rareza, casi un lujo.) Había levantado la almohada: los chinches, negros, planos, corrían por la sábana. Papá lo contaba despacio, con una precisión fabulosa. Y yo veía los chinches como la imagen lejana, minúscula, de un ejército de guerreros protegidos con sus escudos, en marcha sobre una llanura nevada.

Aunque quizá no fue en un hotel. Quizá fue en el Santuario de Sant'Anna di Vinadio, donde papá era alojado con gran consideración. Tenía derecho a una habitación para él solo, la de la administración; mientras el resto de peregrinos dormían todos juntos.

De aquel lugar, papá nos traía a los niños escapularios. Eran pequeños retales de felpa con imágenes de Santa Ana, atados a un cordón de áspera lana negra. Debían colgarse al cuello, bajo la ropa. Pero nunca llegamos a llevarlos.

Papá no regresaba jamás de un viaje sin un regalo. De Turín nos traía ramilletes de miosotis o

de muguete en cucuruchos de papel; de la montaña nos traía flores raras, como la llamada «reina de los Alpes», una flor azul, rígida y de hojas dentadas como un broche.

En Ponte nunca estuve en un hotel; todos los parientes solían alojarse en nuestra casa.

Pero es cierto que, en aquel tiempo, los hoteles empezaron a encontrar su lugar en la forma de vida del pueblo.

El más familiar era el Europa, que ocupaba dos pisos del edificio de nuestra casa; éramos amigos de Lino, dueño del Tre Colombe, que se llamaba así porque él era cazador; luego estaba el Hotel del Giglio, en la Piazza Nuova, que había diseñado papá y era *de lujo*.

Quizá no era de lujo ni siquiera el Giglio. Una vez leí en una guía que todos los alojamientos de Ponte Stura eran de cuarta categoría.

Me dio pena. ¿Acaso era tan mísero el pueblo donde papá había sido admirado, amado, donde «ellos» habían sido felices, donde «habíamos sido ricos»? Me pareció un desprecio, una humillación. (La pobreza manifiesta del pueblo no me importaba más que la de cualquier otro.)

Lo increíble fue que Ponte Stura continuara existiendo.

Inmediatamente después de irnos, desde la ciudad a la que nos habíamos mudado, miraba hacia las montañas que cercaban el horizonte y pensaba: allí está... pero en realidad lo que quería decir es allí *estaba*...

Respecto a nuestra partida, sólo recuerdo que era otoño y llovía. También que mamá repartía toda suerte de objetos: animales disecados que había encontrado en la casa cuando llegó recién casada, algunos muebles, los cuadros que no vinieron a la nueva vivienda. Quizá regaló también todos mis preciosos tebeos pensando que, puesto que ya iba a pasar a secundaria, no volverían a interesarme.

No recuerdo nada más. Sé que estábamos en guerra, fue el otoño de Caporetto, y se respiraba un aire de derrota.

Nos dábamos cuenta, de pequeñas, de que mamá evitaba hablar de Ponte. Apretaba los labios, como con gesto de desdén. Aquello me entristecía.

Sabíamos que había estado Madrina, y que habían estado «las señoras». (En la ciudad, mamá no recibió más visitas ni frecuentó a más señoras.)

Según nosotros, eran tonterías. Ella no se explicaba. Le parecía, incluso, que en verano Ponte no era fresco, que no había paseos a la sombra.

Pero en uno de sus últimos días, en una tregua de su enfermedad, exclamó súbitamente: «¡Qué felices fuimos!».

La antigua felicidad que mamá había perdido junto con Ponte, cuando era pequeña, yo la percibía sólo por breves instantes, en inesperados relámpagos. Era, creo, como una corriente profunda que alimentaba mis raíces, mientras yo me sentía azotada por conflictos, incertidumbre y miedo. En esos momentos me esforzaba por aislar o recuperar el hilo de los recuerdos.

La singularidad de ese esfuerzo consiste en que pertenece a aquel tiempo. Fue entonces cuando empezó.

Apenas fui capaz de reflexionar, conseguí distinguir un presente y un pasado; en el mismo pasado distinguía dos tiempos; uno comprendía mi primera infancia y la vida de mis padres, tiempos de los que, a retazos, lograba rescatar la memoria; antes se daba otro tiempo aún más vago, los antecedentes: episodios de la infancia y juventud de mis padres. (La historia y los cuentos coinciden en algo que no es temporal, porque no iba ligado a mi existencia ni a la de los míos.)

Esta cronología era amplia, compleja y, además, esquemática, igual que decimos: alto, medio y bajo Imperio.